

LIBROS ANTES DE LEER



La hora de la comida.

MARION DURAND

Diario, calendario, programación de tele, manuales de cocina, libros de lectura, el papel impreso, cosas que aparecen por todas partes bajo cualquier forma: leer es una actividad de lo más familiar para el niño que ve cómo sus padres consultan tal o cual libro, aunque él no sepa leer.

Los pequeños, en virtud de un simple juego de imitación, manipulan libros, dicen que leen, definiendo así una actividad específica, en relación con ese objeto específico que es el libro; y, aunque tal manipulación no guarda demasiada relación con el contenido del libro (cuántas veces habremos observado a los niños mirando los libros del revés, o curioseando las páginas escritas, en lugar de las que contienen imágenes), esta actividad es una demostración de que ya se ha creado una relación física entre el niño y los libros.

Esta relación con el libro adquiere todo su sentido cuando el niño no sólo se interesa por los contenidos, sino cuando se interesa y descubre que puede mirar dentro del libro. Este descubrimiento se hace generalmente al lado de un adulto, y convierte la lectura en un momento tranquilo y privilegiado, en el cual el niño expresa, al unísono, inteligencia y afectividad. Al pensar en libros para los más pequeños, rápidamente se nos ocurren tres preguntas:

- ¿qué significa «leer» para aquéllos que no saben leer todavía?
- ¿por qué y cómo leer con ellos?
- ¿qué libros hay que leerles?

REFERENCIA BIBLIOGRAFICA:

DURAND, Marion. (1990). "Libros antes de leer". In-fan-cia Educar de 0 a 6 años, 1, 12-16.

Antes de nada: Reconocer

Parece que los niños de hoy tengan mayor capacidad de percepción (cuantitativa y cualitativamente) que los niños de igual edad de las generaciones precedentes. Su entorno se encuentra repleto de colores, de formas variadas... y las imágenes de la tele, que empapan a los niños desde muy pequeños, parece que no les pasan desapercibidas. Los bebés conocen muy pronto su biberón, lo asocian al placer de la alimentación, y manifiestan su impaciencia cuando el biberón aparece en su campo visual. Distinguen el objeto real y lo reconocen. Cuando el niño percibe imágenes y comienza a identificar objetos, realiza una actividad mental elaborada, ya que no se trata tan sólo de que se encuentre en presencia del objeto real, sino también ante su *representación*.

Reconocer los objetos por su imagen, llamarlos por su nombre, es apropiarse de ellos y hacerse su dueño de otra manera. Esta conquista procura al niño un placer manifiesto, y basta con ver al niño lector delante de su «imaginero» para comprender hasta qué punto es estimulado por este reencuentro entre la imagen y él mismo: concentra su atención, toca la imagen con su dedo, y, para dominar mejor la imagen, pronuncia bien fuerte el nombre de aquello que ha reconocido.

Después, reconocerse

Leer no es sólo identificar, sino también *identificarse*, ver un personaje, reconocerlo como a un hermano, igual y diferente al mismo tiempo, implicarse afectivamente en este reencuentro y reencontrar la propia imagen. Leer un mensaje es ser capaz de apropiarse de su mensaje, de hacer propia la vivencia del personaje. Los pequeños disfrutan de capacidad para percibir el contenido elemental, esencialmente afectivo.

Ven que el personaje llora, ríe y ama, y se emocionan ellos también, hasta el punto de llorar por sus tribulaciones, reír y amar sus cuitas. Así los arrullos de «Papa Ours» o la tristeza del «Petit Lapin» tienen el poder de conmovir al pequeño lector. El niño experimenta un placer y una emoción sin igual y específicamente humanos.

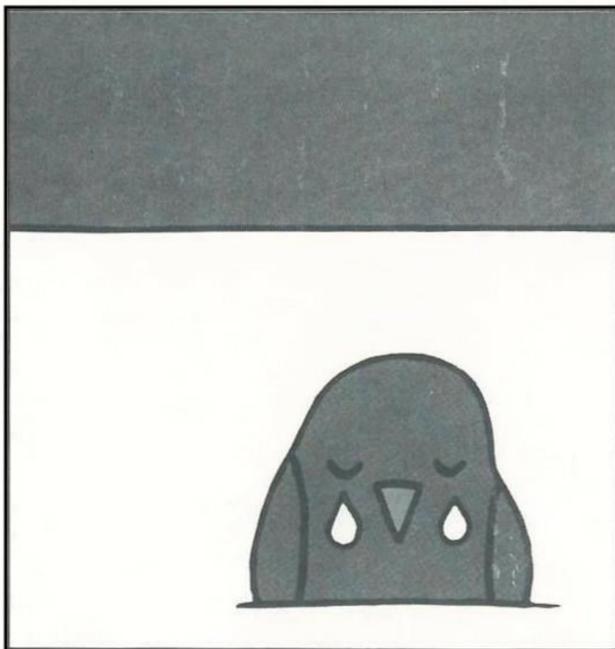
Y también imaginar...

Leer una imagen es también tener acceso a una serie de convenciones gráficas propias de nuestra cultura y de nuestra sociedad: así, representamos el

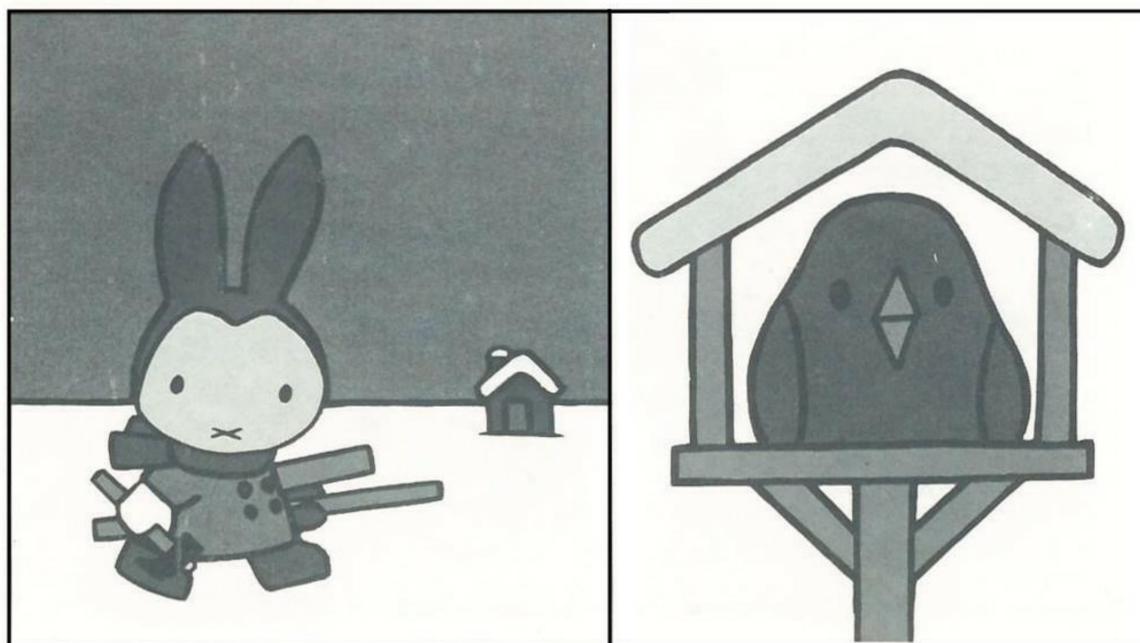


Ma petite école, Bernadette Desprès, Les grands albums de Pomme d'Api, Centurion Jeunesse

Juegos de recreo.



El pájaro que llora.



El conejo acarreando maderas.

El pájaro bajo cobijo.

agua como una forma azul ,en superficie plana, y el niño entiende esto tan bien que no es extraño ver a un pequeño de 18 meses colocar el libro en el suelo, ponerse de pie sobre la mancha azul y exclamar: «¡Al agua!». El niño demuestra así que ha leído la imagen correctamente: se ha colocado sobre el espacio del libro y es capaz de imaginarse el agua en ausencia del agua real, aunque, eso sí, en presencia de un signo gráfico que representa el agua.

Libros para bebés

La lectura de la imagen no es cosa que se aprenda en un sólo día ni de una sola vez; es algo que va haciéndose progresivamente, al compás de la evolución intelectual y afectiva de todos y cada uno de nosotros y que va muy ligado a las estimulaciones del niño. Es cierto que cada niño es diferente, pero puede afirmarse que en general todos pasan por las mismas etapas, que se conocen por instinto y por buen sentido. Por eso, no se nos ocurrirá jamás dar a un niño de 18 meses un libro complicado, con ilustraciones demasiado sutiles, complejo y lleno de alusiones. Antes escogeremos un libro muy sencillo, com imágenes legibles, que no presenten dificultades de percepción: un motivo central, formas enteras y limpias, paginación muy clara, formato reducido. Tales imperativos de sencillez no implican necesariamente una imagen pobre, tal como algunos puedan temer. Algunos dibujantes, como Dick Bruna, John Burningham, Helen Oxenbury o Danièle Bour, con estilos radicalmente distintos, saben hacer dibujos sencillos, perceptibles fácilmente, que no son nunca insulsos ni irrisorios, sino, muy al contrario, dibujos vivos, presentes y divertidos. Sus imágenes están bien dibujadas, son claras y, a menudo, no presentan «decoración»; el personaje no se repite dos veces en una misma doble página, ya que los pequeños, cuando distinguen dos formas diferentes en el mismo espacio de papel, ven dos personajes distintos. Estos primeros libros, a los que se denomina «imagineros», muestran objetos o situaciones que los pequeños pueden reconocer sin dificultad. No explican historia alguna porque la primera lectura es la de la imagen aislada con un motivo central único.

Paseo por las imágenes

Muy pronto aparece en los niños aquello que denominamos «lectura-paseo», es decir, la lectura de una gran imagen donde hormigean multitud de motivos: el ojo del lector va de un motivo al otro, se detiene, vuelve sobre un detalle, explora con placer este universo tan rico. Este tipo de lectura requiere mucho tiempo y este vagabundear se convierte en «caza furtiva» cuando el lector juega a buscar alguna cosa dentro de la imagen, cuando rebusca un elemento, o cuando le confiere un sentido.

La lectura en el regazo

Cuando se lee un libro de imágenes a un niño, se produce una verdadera intimidad entre el niño y el que lee. Lo tenemos en el regazo, muy cerca nuestro y miramos las imágenes con él. Entonces se establece una relación triangular: el libro/el adulto/el niño, donde cada uno juega un papel destacado. El niño que lee la imagen, que se identifica con tal o cual personaje, habla con el adulto presente y, por medio del personaje escogido, nos dice muchas cosas sobre sí mismo, sus vivencias, cómo se ve a sí mismo... Cuando un niño mira unos personajes, elige uno y dice, señalándolo con el dedo: «Este soy yo». La elección que ha hecho no es inocente; nos está desvelando algo importante sobre sí mismo. Cuando tal cosa ocurre, el niño no escoge guiándose por el aspecto externo del personaje (color del vestido, de los cabellos, etc.), sino que escoge una imagen, una situación que le afecta, en la que encuentra una emoción o un sentimiento experimentado alguna otra vez. La niña que dice «esta soy yo», indicando aquel personaje que llora aferrado a las faldas de la maestra, nos está informando de unas emociones tuyas, vividas recientemente. El libro es un pretexto para hablar y para ser escuchado. Es como un espejo en el que cada cual se puede mirar, al tiempo que es una ayuda para hablar de uno mismo.

Seguir el hilo de la historia

Tanto en el caso de que haya un único objeto como en el de la abundancia de pequeños motivos, nos estamos refiriendo a la lectura de una sola imagen. Se puede leer un libro de forma fragmentada, deteniéndose ante cada imagen como si se tratase de un espectáculo cerrado, que tiene sentido en sí mismo y no necesariamente ligado al resto del libro. Estas primeras lecturas de la imagen, en las que se mira con el niño y se dialoga con él, comentando todo aquello que vemos, constituyen una etapa a tener en cuenta. La forma de leer las imágenes, sin explicar la historia que se sucede página tras página, demuestra que, antes de leer, se dan distintas posibilidades de utilización de los libros. La verdad es que leer un libro de imágenes es tener acceso a una secuencia, ser capaz de encadenar y de comprender qué le pasa a un mismo personaje repetido de página en página en los diferentes momentos de su historia. Es comprender qué hay *entre* las imágenes, aquello que no está necesariamente representado en las imágenes pero que es absolutamente necesario para la lógica de la historia. Por ejemplo, la historia *El Conejito en la nieve* nos presenta una sucesión de imágenes donde se ve que el pájaro llora, que el conejo se emociona y también llora, el conejo acarreado unas cuantas maderas, el pájaro a cobijo en una casa de madera. Para leer la secuencia de imágenes, hay que ser capaz de imaginar, sin verlo, que el conejo va a buscar las maderas y las herramientas a su casa. La imagen del conejo con las maderas es el resultado de una acción que no aparece en la imagen ilustrada.

El texto: una guía insustituible

Establecer la conexión entre las imágenes, articular los momentos representados y, sobre todo, otorgarles un único sentido son funciones *del texto*, o de la palabra del adulto que instintivamente va hablando mientras mira el libro con el niño, pasando las páginas y descubriendo la imagen siguiente en cada ocasión. La presencia del texto canaliza la lectura y reduce las posibilidades, prácticamente infinitas, de interpretación de la imagen. Para que la secuencia posea un significado coherente, es preciso que cada etapa sea comprendida por el lector de una única manera: aquella que hace posible y coherente la lógica de todo el conjunto. Por ejemplo, en la historia de *El Conejito en la nieve* es importante que el texto diga que el pájaro tiene frío, esto explica las lágrimas; además, que el conejito comparte el padecer del pájaro y que toma la determinación de actuar al respecto. El niño que sabe establecer la trabazón pertinente deviene capaz de seguir los sucesivos episodios de una historia que se inscribe en el tiempo, historia muy sencilla aún, construida sobre un tema próximo a los intereses de los más pequeños, intereses casi siempre afectivos. Diversos episodios pueden encadenarse y articularse, conformando el inicio de una historia, el desarrollo y el final. Los textos de los libros dedicados a los más pequeños a menudo son difíciles, y, en lugar de ayudar al niño a centrarse en el hilo de la historia, constituyen digresiones más o menos literarias que alejan al lector de la explicación en vez de hacerle entrar en ella. El interés pasa por «decir» la historia modificándola, para hacerla más explícita y directa.

Es inútil y carece de sentido pretender adaptar la historia al niño lector personalizándola. Hay que confiar en las posibilidades de identificación de los niños. Si el lector quiere identificarse con tal o cual personaje, ya lo hará por sí mismo. Es libre de reconocerse o no en una historia. Corregir la historia, por ejemplo, dando al personaje central el nombre del niño lector, significa, al mismo tiempo, desviar la historia y atentar contra la libertad del lector. Es aspirar a convertirla, a cualquier precio, en una historia «funcional», es decir, moralizante, y utilizarla como instrumento de poder sobre el niño.

Duvet Pistache et Fanny explica la adopción de *Duvat*, no la de *Julián* o la de *María*. Pero *Julián* o *María* son muy libres de sentirse próximos a *Duvet* y de reencontrar en él la propia historia o las propias emociones.

Si los adultos no leemos también la historia como si para nosotros la leyéramos, si no nos identificamos con ella, corremos el peligro de no entender qué dice el niño. Ser lector con el niño no es tan sólo adoptar una actitud de neutralidad; es mostrarse receptivo tanto con el niño como con la historia que le estamos leyendo.



Cuentos para dormir.

La lectura reiniciada día a día

Cuando a un pequeño le gusta una historia, la demanda cien veces y, cada una de las cien, con un placer evidente, siempre renovado. Allí vuelve a encontrarse con el mismo personaje con el que pasar miedo, emocionarse; entre lectura y lectura, revive el placer del reencuentro y, asimismo, el placer de sentirse seguro. Esta vinculación, esta necesidad de contar con el libro amigo al alcance de la mano demuestra hasta qué punto el libro habría de tener un lugar en el entorno cotidiano de los niños. El «Pere Castor», creador en los años 30 de una gran colección de libros para niños, decía que el libro de imágenes es un «objeto afectivo»; no podría definirse mejor. Por otro lado, se considera positivo que los niños se sientan vinculados tanto a sus libros como a sus juguetes. Cada día existen más juguetes, y más sofisticados. Dentro de tal abundancia, los libros deberían ocupar su sitio, tanto en la guardería como en casa, lugares donde todavía cuentan con una tímida entrada. Los niños habrían de poder encontrar libros por todos los lugares donde pasan su tiempo: en la guardería, en el centro de esparcimiento, en el lugar donde realizan sus colonias. Cuando tenemos que escoger un libro para un pequeño, podemos quedar perplejos ante la ingente cantidad de libros que se acumulan en las librerías. Habría que hojear el libro y no dejarse guiar simplemente por la cubierta; no se puede ver ni comparar libros como si de paquetes de macarrones se tratara. Escoger es conocer, y, de la misma manera que no se explica nunca un cuento o una historia que no se aprecia o que nos deja indiferentes, hay que estar de acuerdo con la atmósfera que se desprende de un libro.

Leer hoy para leer mañana

Si los libros son objetos familiares, los niños pueden aprender desde muy pequeños que cada libro permite cosas distintas: soñar, saber más, tener miedo, reflexionar, emocionarse, reír, jugar con las palabras; son algunas de las posibilidades que aportan diferentes placeres al lector. La lectura del libro de imágenes que es un placer compartido en la primera infancia es un placer doblemente importante. Primero, por el momento en que se realiza, ya que es un tiempo de comunicación original entre pequeños y mayores. Comunicación donde los sentimientos se expresan con toda su fuerza, pero que, a la vez, son vividos con una cierta distancia por el solo hecho de que se trata de un libro, en el cual todo puede adquirir una dimensión diferente de la real, como, por ejemplo, la del humor. Esta lectura es decisiva también para el futuro porque, aprendiendo a amar los libros cuando se es pequeño, quizá ya se tiene en las manos el instrumento esencial para llegar a ser un buen lector y la llave que abre las puertas de todas las lecturas.

M.D.